

circum

Revista de Investigación Científica Humanística
de la Universidad Antropológica de Guadalajara
Año 9 / Vol. 18 / 2024

- ↻ **Felicidad y bienestar:
una revisión en retrospectiva**
Mabel Goretty Chala Trujillo
- ↻ **Logos, Ethos
y cuidado del medio ambiente**
José Alfonso Villa Sánchez



- ↻ **La idea de filosofía de base para las interpretaciones
heideggerianas sobre Aristóteles:
la confrontación (Auseinandersetzung)**
Uriel Ulises Bernal Madrigal
- ↻ **El líder populista como ídolo**
Sergio Ruvalcaba Solorio



**Sergio
Ruvalcaba Solorio**

Licenciado en Comercio Exterior y Aduanas por la Universidad Iberoamericana Tijuana. Diplomatura Universitaria en Filosofía de la Liberación por la Universidad Nacional de Jujuy. Maestro en Estudios Humanísticos por el Tecnológico de Monterrey. Candidato a Doctor en Filosofía y Ciencias Humanas por El Instituto Agustín Palacios Escudero. Labora como docente

en la Licenciatura en Filosofía, Instituto de Filosofía.

Sus líneas de interés son el pensamiento débil, teoría política posmarxista, posanarquismo, filosofía de la liberación, filosofía de la religión.

Correo de contacto:
sergio__ruvalcaba@hotmail.com

El líder populista como ídolo

Sergio Ruvalcaba Solorio

Resumen

Este análisis examina el populismo desde la perspectiva de Ernesto Laclau, destacando su potencial para dar voz a los marginados. Sin embargo, se argumenta que el populismo puede caer en la trampa de ejercer el poder de la misma manera que sus predecesores, desvirtuando su propósito inicial. Se propone el método fenomenológico, particularmente las figuras del ídolo y del ícono, como modelos para definir cómo se ejerce el poder. Se sugiere que el ícono, un símbolo que sirve tanto de motivación como de cohesión ideológica y temporal, podría ser una alternativa al líder o al estado, que se definen como ídolos. Este enfoque podría abrir nuevas vías para el ejercicio del poder en una democracia.

Palabras clave: Populismo, líder, ícono, ídolo, posmarxismo.

Abstract

This analysis examines populism from the perspective of Ernesto Laclau, highlighting its potential to give voice to the marginalized. However, it argues that populism can fall into the trap of exercising power in the same way as its predecessors, thereby distorting its initial purpose. The phenomenological method, particularly the figures of the idol and the icon, is proposed as a model for defining how power is exercised. It is suggested that the icon, a symbol serving both as motivation and ideological cohesion, could be an alternative to the leader or state, which are defined as idols. This approach could open new avenues for the exercise of power in a democracy.

Key words: Populism, leader, icon, idol, postmarxism.

Introducción

Históricamente y en particular a partir de los años ochenta del siglo pasado con la imposición de la globalización, las élites político-económicas han venido utilizando no solo las armas y los ejércitos como formas de dominación, sino también, y quizás de manera más importante, los criterios técnicos e ideológicos, como lo son los instrumentos de medición económica, particularmente los que obedecen a las formas del pensamiento neoliberal.



Mediante estos criterios, se definen no solo los métodos sino las metas que se habrán de cumplir de acuerdo a los estándares que convienen a los poderes que lo imponen. Por ello, es difícil para quienes lo padecen tratar de escapar de esta dinámica, pues si los resultados se siguen evaluando según los patrones establecidos por el tipo de ciencia avalada desde el poder, es difícil lograr triunfar bajo esos términos sin cumplir con los requisitos preestablecidos.

Por ello, es preciso destacar la importancia de criterios que ayuden a tomar el poder político sin tener que utilizar este tipo de herramientas. Teniendo esto en cuenta, resaltamos entonces el método populista de Ernesto Laclau, que se vale no de ningún criterio técnico como parámetro para establecer quien debe o no regir, sino en la voluntad popular y la manera de conformar un bloque con base en la misma, capaz de tomar determinaciones alejado de las imposiciones globales.

No obstante, este mismo mecanismo de aglomeración de poder, al carecer de un principio técnico y cuantificable más allá de los votos emitidos en el momento de las elecciones, puede llegar a ser ejercido de forma autocrática por aquel a quien se le asigne el mismo, y por ello es que es conveniente revisar opciones a esta estrategia, las cuales por supuesto no deberán desechar los elementos útiles y apropiados para la democracia que ya contiene esta teoría.



Por eso, en este estudio se busca retomar una idea de Jean Luc Marion para utilizarla como un método de análisis no dependiente de la cuantificación instrumental moderna. Esta propone dos formas de entender a los símbolos, ya sea como ídolo o como ícono, considerando al primero como una cuestión cerrada en la que el espectador simplemente ve reflejados sus propios ideales, mientras que el segundo redirige la mirada hacia algo superior, más allá los límites fijados por el espectador.

Así, teniendo en cuenta estas figuras, se propone usarlas como formas de análisis de los métodos posmarxistas. Definiendo así, si los resultados obtenidos mediante los instrumentos de conformación política de Laclau dan como resultado un ídolo, o un ícono.

El poder se impone a través de la técnica

En este contexto de dominación técnica, hace ya más de un cuarto de siglo que Francis Fukuyama (1992) declaraba a la historia como algo finalizado, y con ello se declaraba como ganador de una batalla global por la organización de la economía mundial al capitalismo, en particular a su variante más reciente, el neoliberalismo.

Esta ideología se ha implantado a través del mundo muchas veces mediante coerción, condicionando la ayuda a los países necesitados a través de instituciones globales, siempre que los países que la solicitan acepten las medidas económicas y fiscales que dicta este tipo de política, o incluso, de manera más directa, patrocini-



Boaventura de Sousa Santos

nando golpes de estado como sucediera en Chile, el ejemplo más claro de lo que se plantea.

A este tipo de imposición le llama Boaventura de Sousa (2005) *monocultura*, la cual obedece a una razón metonímica, que se impone como la única válida en el mundo, suplantando los saberes y formas locales por aquellas que convengan a los grandes poderes políticos y económicos.

Lo que esto significa es que no solo se ha impuesto un solo sistema económico a través del mundo, sino que incluso el conocimiento y los instrumentos de análisis se han ido reduciendo también, y por ello se vuelve más complicado desarrollar una crítica contra ello¹, pues van escaseando

los recursos técnicos y teóricos que permitan hacerle frente, lo que Boaventura de Sousa denomina como epistemicidio (2010, p. 8), en donde los conocimientos locales son desechados y reemplazados por los que dicta la razón global imperante.

Como un ejemplo se encuentra la tasa de inflación, indicador fundamental de evaluación económica que durante el keynesianismo no representaba la misma gravedad, pues era considerado un efecto secundario de la prosperidad económica. Este, en la actualidad, no obstante, mantiene atado al desempeño económico, lo cual torna sumamente difícil desarrollar algún esquema de crecimiento que pueda avanzar mientras tenga al anterior como freno.

Y, sin embargo, no se puede culpar exclusivamente al liberalismo de establecer esta dependencia en los indicadores como criterio de evaluación, pues la iz-

¹ Este es uno de los principales argumentos que utiliza Chantal Mouffe (2005) para criticar la política actual, y en particular las políticas de consenso, pues manifiesta como la razón está tomada por el neoliberalismo.

quierda tradicional, apegada al marxismo, como producto de la modernidad también se adhiere a criterios cuantificables como medida básica de valoración. No en balde el socialismo científico buscaba establecer leyes y predecir eventos futuros con base en las mismas.

Lo anterior entonces genera que la búsqueda de mejoras en lo político se dé solo a través de la colocación de los mejores administradores, tanto desde la derecha como de la izquierda, pues si ya desde la ciencia está dicho todo, solo es cuestión de poner en práctica de la mejor manera lo que esta dicte. En palabras de Ernesto Laclau (2000)

la idea de “ciencia” tal como la propone la visión de un “socialismo científico” [...] postula un conocimiento monolítico y unificado del conjunto del proceso social. Y si este conocimiento de la totalidad se basa en la posición ontológicamente privilegiada de una sola clase —que se transforma, a su vez, en la posición epistemológicamente privilegiada de un liderazgo político único— todas las condiciones existen para que las cosas tomen un giro autoritario (p. 216).

Esto solo acarrea consigo un estancamiento en la situación de quienes no funcionan de acuerdo con las condiciones del sistema, ya que desafortunadamente no encuentran dentro del mismo cómo encontrar soluciones para sus vidas.

El populismo como opción

Por ello cobra particular relevancia el populismo, concretamente en la versión propuesta por Ernesto Laclau, pues surge de un pensamiento llamado posmarxista, que aun cuando comparte las intenciones del marxismo se aparta de los esencialismos en los que se concentraba el anterior. Es decir, en palabras del propio Laclau (1987), este surge “frente al racionalismo del marxismo clásico, que presentaba a la historia y a la sociedad como totalidades inteligibles, constituidas en torno a «leyes» conceptualmente explicitable” (p. 11). Y sugiere como: “Ni la concepción de la subjetividad y de las clases que el marxismo elaborara, ni su visión del curso histórico del desarrollo capitalista, ni, desde luego, la concepción del comunismo como sociedad transparente de la que habrían desaparecido los antagonismos, pueden seguirse manteniendo hoy” (1987, p. 13).

Sin embargo, para conocer un poco mejor el populismo en general, se debe hacer una pausa para poder adentrarse en la historia de este, al menos en América Latina, para posteriormente analizar la perspectiva de Laclau sobre el mismo asunto.

Dussel y el recuento del populismo latinoamericano

El tema del populismo ha cobrado una gran relevancia en tiempos recientes en México y el resto de América Latina (Ackerman, 2021). Si bien, hasta hace poco se le había asignado una connotación peyorativa, en la actualidad, al menos desde la cúpula del



Enrique Dussel

poder mexicana se busca cambiar el sentido de esta expresión.

Uno de los principales promotores de esto sería el que fuera secretario de Educación, Formación y Capacitación Política de Morena, partido en el poder en México, Enrique Dussel (Felix, 2021), quien argumenta en contra de aquellos que han buscado aplicar el término “como un insulto, como crítica, con un significado próximo a lo demagógico, lo fascista” (2006, p. 93), pues para él, el pueblo como categoría representa el “bloque social de los oprimidos” (p. 92).

Dussel inicia por señalar cómo el inicio de la Primera Guerra Mundial ocupó la atención de las potencias del norte, obligándolas a reducir su explotación del sur,

y por lo tanto permitió el florecimiento de cierto desarrollo industrial por parte de una incipiente burguesía en las principales urbes de América Latina. Estas, acompañadas de los líderes nacionales, como Getulio Vargas, Lázaro Cárdenas y Juan Domingo Perón, trabajarían en conjunto, de la mano de la nueva clase obrera y campesina, en un tipo de “pacto social” que se denominaría populismo (2017, p. 93). Lo que el autor describe como: “La etapa de mayor crecimiento económico sostenido de América Latina en el siglo XX, y el tiempo de los gobiernos elegidos efectivamente por la presencia masiva del pueblo en elecciones no fraudulentas. El bloque social de los oprimidos se hizo presente aún desde un punto de vista democrático, fenómeno que no tendrán comparación con ningún otro en todo ese siglo” (2017, p. 127).

Sin embargo, Dussel manifiesta cómo posteriormente Estados Unidos, despedazaría, “sin compasión” a estos regímenes nacionalistas por representar una competencia en el mercado mundial capitalista, todo esto amparado en una teoría desarrollista elaborada *ad hoc* para los intereses de Estados Unidos, valiéndose de la represión a través de dictaduras impuestas desde el exterior (2017, pp. 128-130).

A lo cual le seguiría una etapa de gobiernos formalmente democráticos, que se irían integrando al gran relato neoliberal, en el que se propugnaba por la adopción de las medidas del “consenso de Washington”. Desde ese momento, y tomando en cuenta la promulgación de la constitución bolivariana en Venezuela en 1999, se ha pasado nuevamente a denominar como populistas



a todo movimiento opuesto al planteamiento neoliberal (2017, pp. 130-131).

Sin embargo, Dussel busca, como se había señalado, rescatar el término del uso que se le ha venido dando desde ese momento, y para ello recurre al pensamiento de Ernesto Laclau, sobre todo su obra *La razón populista*, en donde indica cómo "la razón política es siempre razón populista y no otra cosa" (2017, p. 131).

Brevemente, lo que Dussel propone es cómo la categoría política de pueblo, no debe confundirse con la categoría económica de clase, pues como señala "la clase obrera es una categoría económica esencial del capital, que cuando entra en el campo político puede o no jugar una función con mayor o menor importancia" (2017, p. 135),

pues, comenta "lo cierto es que siempre, en concreto, histórica y políticamente fue el pueblo el actor colectivo" (2017, p. 137).

Elementos básicos de la teoría populista de Ernesto Laclau

Ahora, considerando la importancia del enfoque de Laclau para la renovación del populismo como término, es preciso hacer un breve resumen del mismo para entender cómo es que se conforma el pueblo para este autor, partiendo de un pensamiento denominado posmarxista, a partir del cual este pensador ha elaborado una teoría del populismo que se configura a través del discurso.



Ernesto Laclau

La primera instancia es la que Laclau considera la de las demandas democráticas, es decir, aquellos reclamos aislados que surgen de forma particular sin relacionarse entre sí. Enseguida sugiere cómo estas demandas democráticas particulares van uniéndose en un plano de equivalencia, definido por su relación compartida de antagonismo ante el orden vigente. De esta forma, se van conjugando lo que el autor llama entonces las demandas populares, las cuales ahora conjugaran un sujeto popular (2004, pp. 99-110).

Posteriormente, todas las demandas son agrupadas bajo un denominador común al que Laclau llama el significante vacío, llamado así por no corresponderle ningún significado particular, y, sin embargo, este elemento guarda la capacidad



necesaria para poder representar a todos aquellos elementos unidos bajo un antagonismo común (2004, p. 140).

De esta manera se constituye entonces un pueblo como sujeto político definido, capaz entonces de movilizarse y manifestarse a través de un líder, el cual habrá de representar al grupo y sus demandas en el poder.

En resumen, para Laclau: “el populismo emerge, asociando entre sí estas tres dimensiones: la equivalencia entre las demandas insatisfechas, la cristalización de todas ellas en torno de ciertos símbolos comunes y la emergencia de un líder cuya palabra encarna este proceso de identificación popular” (2004, p. 58).

La Voluntad Popular en el Populismo de Laclau: Innovaciones y Desafíos

En vista de lo anterior, es de particular relevancia destacar que el método propuesto por Laclau no depende de formulaciones económicas ni leyes de la historia, sino que se fundamenta esencialmente en la voluntad popular, es decir, como instrumento se encarga de recoger el sentir popular y fundirlo en una misma voluntad, para posteriormente ser entregado a un líder que habrá de encabezar el Estado de acuerdo con los intereses depositados en su figura.

Esto, para quienes se sientan atrapados por las leyes y dictados emanados de la modernidad, representa sin duda una novedad esperanzadora, pues le da valor a aquello que, aunque no se logre expresar mediante términos científicos, no tiene por qué carecer de validez.



Sin embargo, lo anterior entonces trae a colación una cuestión sumamente importante que se desprende del mismo método de Laclau. Si una de las principales innovaciones es su independencia de criterios técnicos o científicos para la conformación de un bloque de poder. No ofrece ninguna alternativa al momento de ejercer ese mismo poder, como ya se expresó.

El populismo ante el filtro burocrático

A pesar de la intención y los preceptos sobre los que se basa, sigue siendo complicado para el populismo, considerando la realidad actual, lograr escapar completamente de las herramientas y técnicas de la modernidad, pues sus formas están incrustadas en los gobiernos, aun en aquellos emanados de un criterio alejado del tecnocrático. El principal peligro es que, al

combinar la fuerza y decisión del populismo con la técnica de la razón instrumental, solo se dota de mayor fuerza a la segunda, sin llegar a profundizar en un cambio de fondo. Y, para comprender mejor a qué se refiere esto, se ahondará sobre ello a continuación:

Si bien es válido y para muchos necesario luchar dentro del esquema conocido, pues el mismo ha creado las necesidades a las que pareciera que solo este puede atender; por otro lado, entregar un poder basado en la voluntad de la mayoría y dejarlo sin mecanismos de control puede representar un peligro de autoritarismo. Esto sucede cuando el líder adopta una visión absolutista, afirmándose como depositario exclusivo de la voluntad popular.

Teniendo en cuenta cómo en la primera etapa del populismo, el mecanismo con el que se integra el sujeto popular es la conjugación de las demandas públicas bajo



un significativo vacío. Es importante enfatizar la manera como en este esquema, el principal poder que guardan los afectados es el de dar forma a un concepto, pues esta capacidad, bajo la misma lógica de Laclau, se pierde tan pronto el significativo vacío se entrega a un líder. Es decir, lo que se está otorgando al entregarle un significativo vacío a este líder, es la capacidad de poder utilizarlo para nombrar cualquier medida que este emprenda. En otros términos, lo que se genera con la cesión del uso de la terminología cargada del poder ciudadano es la figura de un gran connotador, el cual goza del poder discrecional de otorgar definición y sentido a las acciones propias y ajenas. Esto da pie a que el caudillo pueda ejecutar su propia versión de la verdad.

Con respecto a lo anterior cabe apuntar una salvedad, el que lo que se concibe

como verdad cambie puede también ser un elemento de expresión popular, que se apropia de los conceptos que anteriormente estaban atrapados en un discurso tecnocrático. Sin embargo, lo que se está señalando como un peligro, es el que el líder lleve a cabo esto con base exclusivamente en su propia voluntad y conveniencia.

Sin embargo, este apresamiento de la voluntad popular no sucede tan solo con los líderes, pues en gran parte, todo el sistema burocrático moderno está configurado de la misma forma, y el entregar el conjunto de esperanzas de un pueblo a un mecanismo que tiene ya un funcionamiento sistemático atado a un tipo de resultados resulta un desperdicio. Y esto es algo que se ha percibido y padecido en ambientes muy distintos como lo puede ser Sudamérica en los setenta o el movimiento femi-



Rodolfo Kusch

nista del siglo XXI. Sobre ambos se estará ampliando enseguida.

Como primer ejemplo se encuentra el peronismo², un referente histórico del populismo, pues ya en 1975 el teórico argentino Rodolfo Kusch, desde la filosofía de la liberación, advertía cómo este es una “anti-doctrina” ya que “no dice claramente qué hay que hacer” (2007, pág. 671) pues es “el planteo de un nuevo estilo de estar del cual no tenemos conciencia clara pero que presentimos” (pág. 671). Es decir, Kusch

ya manifestaba cómo en el peronismo se reflejan sentimientos e intuiciones, más allá de conceptos concretos o científicos, e igualmente señalaba cómo “no se entiende el peronismo si no es a partir de un pueblo que propone a través de él, un estilo de vida o de estar” (p. 671). Y aquí viene el punto que buscamos destacar:

La contradicción interna de ese partido radica en que al ingresar la clase media se impone la burocratización de esa propuesta [...] Nuevamente se emplea la afirmación científica. Las ideas externas e importadas en economía y en sociología para poder controlar en este caso al peronismo. Se lo coloniza nuevamente para subordinar [...] a un modo de ser que es ajeno a uno (Kusch, 2007, pp. 671-672).

Como se señalaba, estas observaciones que Kusch hacía desde la filosofía de la liberación acerca del peronismo aplican de la misma forma al pensamiento de Laclau sobre el populismo, y esta cuestión permanece vigente, pues desde otros frentes muy distantes se han externado críticas similares.

En este caso Judith Butler, desde la óptica de la filosofía feminista argumenta en el texto compartido *Contingencia, hegemonía, universalidad* (2000), con referencia a la relación entre el Estado y las formas culturales, cómo, por ejemplo la articulación de una demanda pública de la comunidad LGBT al buscar legalizar el matrimonio, y los beneficios jurídicos que se deri-

² Ernesto Laclau, a quien los medios de su país, Argentina, le llegaron a nombrar como el “filósofo que escribe el guion del poder K” (Obarrio, 2012) e incluso se llegó a mencionar cómo la presidencia no toma ninguna decisión de importancia sin consultarle (Blackburn, 2014), creció formando parte de movimientos políticos locales, desarrollando así una “formación marxista en lo teórico y peronista en lo político” (Paramio, 1983), pues incluso él mismo diría como “a través del peronismo llegué a comprender a Gramsci” (Paramio, 1983).



van de este, para personas del mismo sexo, si bien evidentemente puede representar un triunfo para muchos, trae consigo a su vez algunas cuestiones que merecen revisarse. La primera que hace mención Butler es el hecho de que, al agruparse como sujeto político, se está dejando fuera a otros grupos a los que se les aplicaría la misma exclusión que a estos (personas sin una relación, madres y padres solteros, divorciados...), privándolos efectivamente de recibir los mismos beneficios que las parejas casadas. Y, en segundo lugar, con respecto a lo anterior, el hecho de otorgar de manera exclusiva ciertos derechos a quienes tengan un matrimonio, le otorga al estado la capacidad de legitimar como merecedores de derechos tan solo a aquellos que se apeguen a las formas que este reconoce, cuando pudiera estarse promoviendo una

universalización de derechos (2000, pp. 136-181).

Lo que ambos pensadores coinciden en criticar entonces es la manera como en el populismo la conjunción de los sentimientos y voluntades, al unirse en una sola petición y voluntad se ven obligados a pasar por un filtro burocrático y manifestarse a través de las formas aceptadas de acción, tanto en lo económico, como lo jurídico. Es decir, terminan sanitizándose y transformándose en instrumentos de la técnica moderna, al momento de ser puestas en efecto.

Una cuestión especialmente relevante es que el propio Laclau se ha manifestado ya al respecto, tomando prestado el uso de los términos de Mito y Utopía de Georges Sorel, expresa su propio reproche a esta relación. A continuación, su

argumento: “Él [Sorel] decía que la utopía es un producto intelectualista, porque es la mayor expresión de una sociedad ideal, y [...] la utopía no puede producir efectos emocionales a largo plazo; es un producto [...] a través de las cuales los intelectuales piensan cómo una sociedad debería organizarse” (Osorio & Salazar, 2019, p. 104). Y frente a eso él contraponen el mito, y dice: “el mito son unas pocas imágenes capaces de galvanizar la imaginación de las masas” (Osorio & Salazar, 2019, p. 104).

Asimismo, señala Laclau cómo “toda lucha por objetivos concretos, si se reduce a esos objetivos, en ese caso tiende a la desmovilización del actor revolucionario, a su integración al sistema” (Osorio & Salazar, p. 104). Lo anterior indica que el mismo Laclau tiene presente la cuestión que se viene apuntando, sin embargo, como se veía anteriormente, su insistencia de concentrar el poder en la figura del estado no pareciera distinguirse mucho de este argumento, y, por el contrario, se pudiera argumentar que merecería otorgársele de acuerdo con sus propios dichos, el calificativo soreliano de Utopía, por encima de Mito.

Símbolo como herramienta de análisis

Este uso del Mito y la Utopía que lleva a cabo Laclau trae a colación la necesidad de recurrir a elementos separados de la racionalidad vigente, teniendo en cuenta el acaparamiento de la misma por parte del neoliberalismo. Así pues, surge otra figura que sirve para propósitos similares, e incluso agrega matices que no contiene la anterior comparación. Si a partir de Sorel, Laclau hace uso de dos variedades de narrativas ideológicas, otra alternativa puede ser la del símbolo. Este, señala Mauricio Beuchot (2013), puede tener dos formas de manifestarse, como ídolo, y como ícono, y sobre esto se habrá de ahondar enseguida, pues permite generar alternativas para los peligros que se vienen describiendo del populismo de Laclau.

Beuchot (2010) se apoya en el pensamiento de Jean Luc Marion y su visión posmoderna de Dios, para definir al ícono y al ídolo, y de este último entonces podemos tomar las definiciones: brevemente, para Marion (2010), quien afirma cómo estos son un



Jean-Luc Marion



“modo de ser de los entes o, al menos, de algunos de ellos” (p. 25), la figura del ídolo es aquella que atrapa nuestra mirada, y sin embargo no nos refleja más que lo que nosotros mismos le otorgamos, y por el contrario el ícono a diferencia del ídolo es aquel que al verlo nos presenta más de lo que logramos ver, es lo que denomina un fenómeno saturado, el cual nos refiere hacia lo invisible.

Esta mirada fenomenológica resulta oportuna para considerarse método de análisis no solo del populismo Laclausiano, sino en general de buena parte de las teorías emanadas de la democracia radical, desde la opción deliberativa Habermasiana, hasta la autonomista de Hardt y Negri. Esto debido a que una de sus características esenciales es el mantenerse en un continuo estado inacabado en busca de seguir expandiendo la libertad y la igualdad (Dahlberg & Siapera, 2007, p. 7). A pesar de

lo anterior, los términos y conceptos con los que convencionalmente se les estudia surgen del mismo contexto esencialista que critica Laclau. Con base en esa misma naturaleza, estos suelen buscar la precisión a tal nivel que, en su afán de objetividad, terminan descartando sutilezas que pueden llegar a hacer que sea el objeto el que se adapte a la definición y no al revés. Mientras que las opciones que presenta Marion ofrecen una perspectiva más acorde al dinamismo y a la fluidez inherente en la democracia radical.

Con base en esto, a continuación, se presenta un análisis de la propuesta de Laclau haciendo uso de la visión fenomenológica de Marion. Sin embargo, es importante aclarar antes de avanzar que al llevar esto a cabo no se pretende necesariamente asociar de forma previa a ninguno de los dos símbolos con algo positivo o negativo: un ídolo puede ser necesario y de provecho

en el sentido de figura política, si se busca reforzar alguna estructura o configuración y no arriesgarse a buscar avanzar más allá de esta, que es lo que ofrece el ícono.

El estado como ídolo

Para comenzar se puede partir de una frase del mismo Laclau, “los gobernantes se transforman en el símbolo de los gobernados” (Moledo & Olsevicki, 2009), esta idea es interesante por los mismos términos que utiliza Laclau, quien sin duda conoce del valor de las palabras. Refiriéndose concretamente al uso de “símbolo” como término para definir al gobernante.

Con relación a lo anterior, entonces, si Laclau define al gobernante como un símbolo, este no puede ser más que en su sentido de ídolo, pues al ser depositario de la voluntad popular se apropia de la misma, y, por lo tanto, cancela las posibilidades futuras de esta. En otras palabras, al concentrar la voluntad de un enorme número de individuos, anula todas las oportunidades de diálogo y propuesta de los mismos y tan solo dota de una enorme fuerza a su propia voz. Y con ello, se corre el riesgo de que el movimiento pierda el enfoque y el líder termine convirtiéndose en el fin y no el medio para un propósito más elevado.

Así como el ídolo tan solo devuelve al que lo ve aquello que este mismo ya contiene, contrario al ícono que redirige la mirada del espectador a algo superior; así funciona el líder populista, como un sello final a la creatividad y energía general que ahora solo pertenece a él como fuerza para imponer sus decisiones o en palabras de

Verónica Gago “funciona como expropiación de una plusvalía política producida desde abajo (Ferreti & Lagos Rojas, 2018, p. 63).

Lo que se puede deducir con base en lo anterior, es que aun cuando el método de Laclau surja de una posición alejada a los esencialismos de la modernidad, una vez que la voluntad popular se adjudica a una figura concreta y se inserta en la dinámica estatal, termina perdiendo la libertad con la que se formó, pues el mismo estado por su naturaleza es también una construcción de la modernidad, basado en las necesidades de la industrialización y el mercado.

Como señala Ernest Gellner, en su texto *Naciones y Nacionalismos* (2001) al describir la génesis del estado moderno, la transición de una sociedad agrícola a la industrial se encuentra detrás de la creación



Ernest Gellner



del estado nación, pues al pasar de un modo de producción dependiente de una mano de obra acostumbrada a trabajar en la agricultura, a un modo de producción industrial, en donde las necesidades son completamente distintas, se volvió necesario un sistema educativo que ayude a estandarizar y homogeneizar a esta, lo cual solo fue posible a través de una estructura estatal.

Esto indica que finalmente el método populista de Laclau, aun cuando nace con intenciones alejadas de los preceptos de la modernidad, termina después de todo solo dando un maquillaje democrático a la organización política, pues la integración de una voluntad popular solo viene a fortalecer a un estado que, al igual que el líder, funciona como ídolo, pues este, aun cuando se busque renovar a través de nuevas medidas, está conformado desde su génesis para atender las necesidades industria-

les y del gran capital, y por ello no puede ir más allá de esto mismo. Su realidad está ya predeterminada.

Defensa de Laclau

Por supuesto, no es la primera vez que se hacen este tipo de observaciones al planteamiento de Laclau, e incluso él mismo ya ha dado su respuesta a las mismas. En una conversación con Jacques Ranciere³, publicada en los medios, Laclau presenta el siguiente argumento en defensa de la

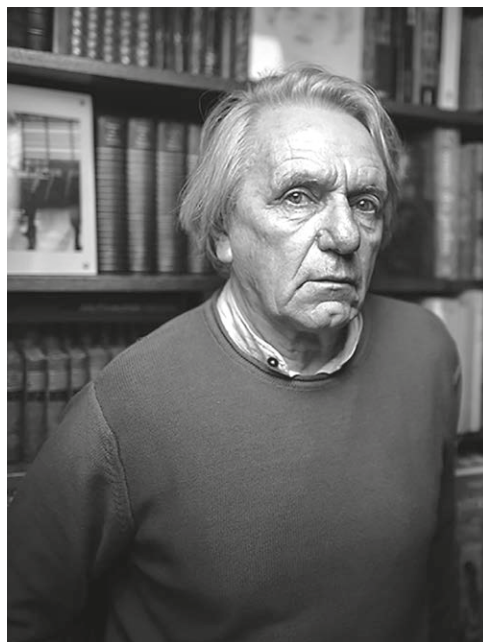
³ Cabe aclarar que el hecho de tomar un fragmento de una discusión con Jacques Ranciere no significa que se esté promoviendo el planteamiento de este por encima del de Laclau. Por el contrario, se considera que la subjetividad que propone el pensamiento de Ranciere (1996) se ocupa más del entorno que de las propias necesidades internas del grupo. Mientras que para Laclau, el pueblo se construye con base en sus propias demandas, y a partir de estar busca cambiar el orden externo. Pareciera que Ranciere le concede prioridad de inicio al orden establecido, para posteriormente buscar sumergirse en el mismo.

necesidad de incorporar la voluntad a los canales oficiales:

¿Cuál es el problema, para mí, de la representación? La cuestión es la siguiente: si la democracia y la representación se oponen es porque se piensa que la democracia representa una identidad popular de la cual los mecanismos representativos están esencialmente excluidos. Rousseau mismo pensaba que la única forma real de democracia era la democracia directa. Estaba pensando en la Ginebra de su tiempo, de la cual tenía de todos modos una idea bastante utópica. Pero la condición de los grandes Estados hacía aparecer el momento de la representación como algo ineludible.

Entonces la cuestión que se abre ahí es la siguiente: ¿es el principio de la representación un principio necesariamente oligárquico? Es decir, algo que se añade como un mal menor a un principio democrático que representaría una voluntad popular homogénea. Yo creo que esto sólo sería así si la voluntad popular pudiese ser enteramente constituida por fuera de los mecanismos representativos. Y es ahí donde yo establecería una distancia. Yo creo que sin el tránsito a través de los mecanismos representativos no hay posibilidad de constituir tampoco una voluntad democrática, una voluntad popular.

¿Por qué? Porque el proceso de representación es un proceso doble.



Jacques Rancière

Jacques ha señalado muy bien que el principio de representación implica la posibilidad de un poder oligárquico. Pero puede representar también algo diferente. Si al nivel de las bases sociales de un sistema encontramos sectores marginales con escasa constitución de una voluntad propia, los mecanismos representativos pueden ser en cierta medida aquello que permita la constitución de esa voluntad. [...] el problema de las formas de democracia anárquicas que vemos hoy en día (por ejemplo, el movimiento de los indignados en España) es que si esa voluntad no tiene traducción en efectos de una reestructuración del sistema político eso conduce a una dispersión de esa voluntad (Fernández-Savater, 2015, s/p).



Partiendo de esta larga cita se pueden tomar cuatro conceptos precisos a los que está aludiendo el autor en defensa de la representación pública: uno externo, la dimensión, y tres funciones inherentes a este mecanismo, la cohesión, la movilización y la representación como factor de permanencia en el tiempo y el espacio.

Sobre la primera cuestión, la dimensión, se refiere al contraponer su visión a la de Rousseau, manifestando como la representación directa por la que abogaba este estaba basada en una visión utópica de la Ginebra de su tiempo, pero como “condición de los grandes Estados hacía aparecer el momento de la representación como algo ineludible.”

Enseguida propone tres conceptos adicionales, que justifica de la siguiente forma: la representación como elemen-

to de cohesión lo respalda al argumentar como “sin el tránsito a través de los mecanismos representativos no hay posibilidad de constituir tampoco una voluntad democrática, una voluntad popular”. Es decir, la representación oficial es aquello que da una forma definida a los elementos dispersos de discordia.

El siguiente elemento que señala es el de la movilización, pues comenta cómo al existir “sectores marginales con escasa constitución de una voluntad propia, los mecanismos representativos pueden ser [...] aquello que permita la constitución de esa voluntad”, es decir, de acuerdo con su dicho, si no existe una disposición y motivación por parte de los afectados para luchar por lo que buscan, el órgano oficial puede ser aquel que imprima en estos esas ganas de hacerlo.

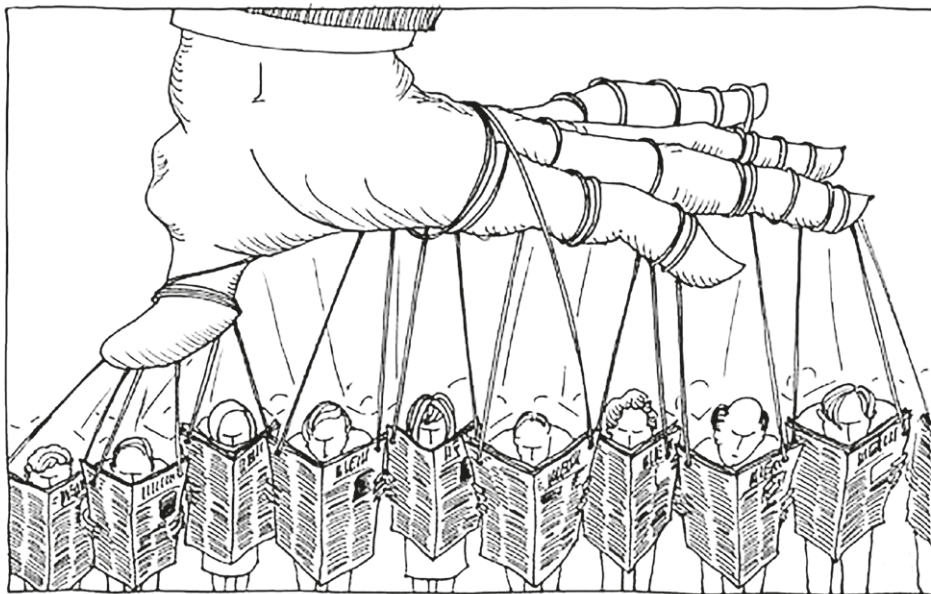
Y finalmente, menciona a la representación como factor de permanencia, al señalar como “si esa voluntad no tiene traducción en efectos de una reestructuración del sistema político eso conduce a una dispersión de esa voluntad”; en otras palabras, alude a que a falta de algo que consolide la voluntad en una formación tangible, esta tiende entonces a perderse, aun ya estando formada, tanto en el tiempo como en el espacio.

Considerando entonces estos elementos que propone el propio Laclau como aquello que vuelve necesario aquello que aquí ha denominado el ídolo. Se deben buscar opciones que liberen de las formas que limitan a las masas de manejarse según su propia iniciativa. Por ello, a continuación, se analizará como alternativa a la figura del ícono y como pudiera suplir el rol del ídolo sin aquello que se ha venido señalando en su contra.

Definiendo al Ícono

Inicialmente lo que se busca evitar es la monocultura de lo universal, principal dictado de la modernidad, de donde se desprende la noción de imponer una sola verdad en cada región y a cada sujeto, y, por lo tanto, terminan haciéndose valer los intereses de los más fuertes, que son los únicos considerados válidos en este escenario. Por ello, considerando que la figura del ídolo funciona como un mecanismo para establecer lo anterior, es necesario identificar qué sería aquello que defina al ícono en contraposición a la figura del ídolo.

Un requisito básico para no esclerotizar el movimiento es manteniendo siempre abierto un camino del diálogo, donde las determinaciones surjan del mismo y permanezcan en constante estado de reinterpretación según las circunstancias que las envuelven. No obstante, llevar esto





a cabo de manera ideal sería complicado manteniendo las dimensiones actuales de las estructuras estatales, pues estas requieren de instrumentos de representación, que al no tener relación directa con las demandas que se hacen, pueden utilizar a estas mismas como moneda de cambio con respecto a otras que representen un provecho en su propia agenda política.

Y es en este sentido entonces que se buscaría responder al primer factor que propone Laclau, la dimensión, ante la cual pareciera olvidarse del antiesencialismo que promueve. Pues antes de promover un cambio en las proporciones de la dimensión del estado en favor de un mejor esquema de representación, sugiere, por el contrario, hacer que los factores de representación se adapten a las mismas, caracterizando alguna propuesta contraria como “utópica”.

Ahora bien, si lo anterior atiende el factor externo que señala Laclau a favor de la necesidad de un representante político, para poder definir adecuadamente al ícono, se debe atender al elemento interno de este mismo, su propia constitución. Partiendo de esto, se ofrece una primera característica del ícono, que, al no ser una institución oficial, ni una figura con funciones asignadas de antemano, puede ser un símbolo tal cual. Así, la adopción de un símbolo como sustituto del líder, permite al pueblo usar la fuerza acumulada durante el proceso de aglomeración sin necesidad de entregársela a un tercero.

Este símbolo pudiera consistir en una frase, una idea, una imagen, etc. Y este, aprovechando la función del significante

vacío permanecería en ese nivel actuando como un elemento de motivación y conjunción de voluntades. Asimismo, por su propia naturaleza contiene una dimensión fundamentalmente emotiva, la cual podría fungir de manera igual o más eficiente que el ídolo como un elemento de motivación, lo cual era otro de los factores que proponía Laclau en favor de las instituciones de representación.

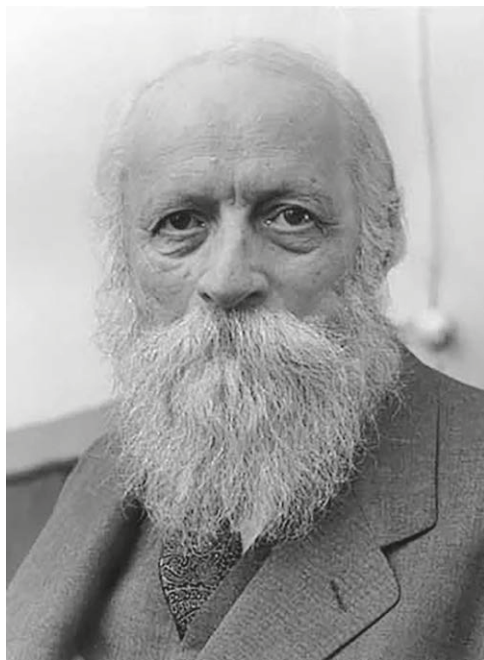
Y, sin embargo, esta naturaleza simbólica no inhibe que aquellos a los que convoca, y las distintas expresiones de voluntad logren formar un esquema de acción definido. Basta tomar en cuenta cuantos tipos de asociaciones de todo tipo logran mantener un nivel de organización y cumplimiento de metas sin recurrir a un esquema vertical de control, contrario a lo que Laclau propone respecto a la instancia oficial como necesaria para la cohesión de un movimiento.

Finalmente, es necesario responder sobre la permanencia temporal, no solo a Laclau, sino a Enrique Dussel, quien cuestionando a las expresiones políticas fuera del estado sobre si “¿es posible en el tiempo una asamblea perpetua?” (2011, p. 18) afirma cómo más allá de la indignación es necesaria una institucionalización para no caer en lo que denomina un espontaneísmo (2006, p. 18). Para poder responderle, es conveniente recurrir al pensamiento de Martin Buber quien también se ha referido al tema.

En particular se torna relevante la noción de un “Centro viviente” que Buber (1937) señala como elemento indispensable para la creación de una comunidad, el cual se presenta cuando entre los que la confor-

man se manifiesta una revelación común (Mendes-Flohr, 1976, p. 19). Esta idea de una revelación común puede equipararse de inicio con una oposición común al estado de cosas actual tal como propone el esquema populista de Laclau.

Igualmente, hay que hacer énfasis en el término “viviente”, de la expresión del centro viviente que utiliza, pues esto hace tangible la necesidad de un dinamismo que debe tener el ícono, que solo se pueda dar a través de un símbolo como ya se ha señalado, pues este no se puede interpretar de una forma definitiva. Y, por lo tanto, esta imposibilidad de una interpretación final sirve de manera ideal como elemento de permanencia temporal, pues su constante redefinición es un factor que logra reforzar y renovar la lucha sin tener que recurrir a las instituciones.



Martin Buber

Lo anterior hace manifiesto el hecho de que el populismo de Laclau no logra desprenderse del todo de los esencialismos a los que dice rechazar, pues aquellos elementos que utiliza como justificación para aferrarse a las formas estatales, se pueden atender sin la necesidad de este. Sin embargo, se reconoce que las maneras y los resultados que se deriven de una alternativa serían distintos e incluso tal vez inciertos. Esto puede llevar a quienes buscan superar su condición actual a hacer una concesión y aceptar el menor de los daños, accediendo a la imposición estatal al ser ya visto como un mal conocido.

No obstante, si se busca un cambio a fondo, y una coherencia con los preceptos antiesencialistas del propio Laclau, sería necesario recurrir a la figura del ícono que aquí se propone, para lograr realmente radicalizar la democracia.

Conclusión

La organización política que surge desde la modernidad trae consigo una gran influencia de la razón instrumental, ya sea el neoliberalismo capitalista y su enfoque en la ganancia y el mercado, o las políticas de inspiración marxista influidas también por el auge de la industrialización y basadas en las supuestas leyes de la historia como fundamento. Esto ha traído un dominio de la verdad reservado para quienes puedan argumentar amparándose en los criterios técnicos mencionados.

Ante esto surge como opción el populismo entendido particularmente desde la óptica de Ernesto Laclau, el cual no se

basa en fundamentos esencialistas, sino por el contrario, recoge las demandas populares y construye un pueblo con base en las mismas, dando con esto voz y fuerza a aquellos que bajo el esquema tecnocrático simplemente son ignorados.

No obstante, la estrategia populista de Laclau no solo se encarga de conquistar el poder, sino que, en un segundo momento lo tiene que ejercer. Corriendo el riesgo de volver a caer en la trampa, pues el desempeño de este se desarrolla de acuerdo con las mismas bases técnicas de sus antecesores, lo que termina desvirtuando el ejercicio previo o dando pie al mal uso del poder al combinar la fuerza popular con la razón instrumental.

Por ello se hace uso, como alternativa de análisis y guía, del método fenomenológico, en particular de las figuras del ídolo y del ícono como modelos para definir de qué

manera se está ejerciendo el poder. Si como un ídolo, que promueve certeza sin novedades, o como el ícono, que busca el cambio y el avance hacia nuevas posibilidades.

Considerando que tanto la figura del líder como la del estado pueden definirse como ídolos, se presenta una disyuntiva, pues puede ser que, por el afán de seguridad o incluso cierto ánimo de revanchismo, el pueblo elija quedarse con la figura del ídolo. O, por el contrario, habrá quienes busquen ir más allá de los sistemas impuestos desde la modernidad, y para ellos se sugieren formas de encaminarse hacia el ícono, promoviendo nuevos mecanismos basados en el diálogo y dimensiones espaciotemporales reducidas. Valiéndose para esto de un símbolo como ícono, sustituyendo una institución concreta, que sirva tanto de motivación, como de cohesión ideológica y temporal.





Referencias

- Ackerman, J. M. (20 de enero de 2021). *Cátedra Extraordinaria (Re)pensando la democracia en el mundo actual*. <https://johnackerman.mx/dussel-derribalos-mitos-sobre-el-pueblo-y-el-populismo24823/>
- Beuchot, M. (2010). Hermenéutica analógica y religión. *Theologica Xaveriana*, 60 (169), 25-46.
- Beuchot, M. (2013). *Las caras del símbolo: el ícono y el ídolo*. Universidad Autónoma de Puebla.
- Blackburn, R. (23 de mayo de 2014). Ernesto Laclau obituary. *The Guardian*.
- Boaventura de Sousa, S. (2005). *El Milenio Huerfano*. Trotta.
- Boaventura de Sousa, S. (2010). *Descolonizar el saber, Reinventar el poder*. Ediciones Trilce.
- Buber, M. (1937). *I and Thou*. Edinburgo: T & T Clark.
- Dahlberg, L., & Siapera, E. (2007). *Radical Democracy and the Internet*. Palgrave Macmillan.
- Dussel, E. (2006). *20 tesis de política*. Siglo XXI.
- Dussel, E. (2011). *Carta a los indignados*. La Jornada Ediciones.
- Dussel, E. (2017). *Filosofías del sur Descolonización y Transmodernidad*. Akal.
- Felix, F. (27 de abril de 2021). Enrique Dussel: encuestas en MORENA, disfraz de dedazo; se requiere respeto al estatuto y formación política. <https://julioastillero.com/> <https://julioastillero.com/video-enrique-dussel-encuestas-en-morena-disfraz-de-dedazo-se-requiere-respeto-al-estatuto-y-formacion-politica/>
- Fernández-Savater, A. (8 de mayo de 2015). "¿No Nos representan?" Discusión entre Jacques Rancière y Ernesto Laclau sobre Estado y democracia. *elDiario.es*. https://www.eldiario.es/interferencias/democracia-representacion-laclau-ranciere_132_2685384.html
- Ferreti, P., & Lagos Rojas, F. (2018). Por una intelectualidad militante: poder destituyente, crítica a la articulación populista y desafíos feministas y decoloniales. Entrevista con Verónica Gago. *Critical Reviews on Latin American Research - CROLAR*, 62-67. <https://www.crolar.org/index.php/crolar/article/view/334>
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta.
- Gellner, E. (2001). *Naciones y Nacionalismo*. Alianza Universidad.
- Judith Butler, E. L. (2000). *Contingency, Hegemony, Universality*. Verso.
- Kusch, R. (2007). *Obras Completas Tomo II*. Editorial Fundacion Ross.



- Laclau, E. (2000). *Nuevas Reflexiones Sobre La Revolución De Nuestro Tiempo*. Edición Nueva Visión.
- Laclau, E. (2004). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*. Siglo XXI.
- Marion, J.-L. (2010). *Dios sin el ser*. Ellago Ediciones S.L.
- Mendes-Flohr, P. R. (1976). Martin Buber's Concept of The Centre and Social Renewal. *The Jewish Journal of Sociology*, 17-26.
- Militancia con Formación Ética y Política*. (2 de abril de 2021). <https://www.educacionyformacionpolitica.mx/contacto/>
- Moledo, L., & Olsevicki, N. (1 de junio de 2009). Las amenazas a la democracia no vienen del populismo sino del neoliberalismo. *Página 12*.
- Mouffe, C. (2005). *On the Political*. Routledge.
- Obarrio, M. (16 de diciembre de 2012). Un filósofo que escribe el guión del poder K. *La Nación*.
- Osorio, A., & Salazar, M. (2019). Política, hegemonía y populismo: diálogos con Ernesto Laclau. *Revista de Estudios Sociales*, 101-106.
- Paramio, L. (5 de septiembre de 1983). Ernesto Laclau: "A través del peronismo llegué a comprender a Gramsci". *El País*.
- Ranciere, J. (1996). *El desacuerdo Política y filosofía*. Ediciones Nueva visión.



UNIVERSIDAD ANTROPOLÓGICA
DE GUADALAJARA

La Universidad Humanista